

PENETRACIÓN EN MARRUECOS.
LA CONFERENCIA DE ALGECIRAS DE 1909.
MELILLA Y EL DESARROLLO MINERO.
EL PROTECTORADO EN MARRUECOS.
LA GUERRA DE 1909-1914. LA PENETRACIÓN
PACÍFICA Y LOS PRIMEROS
PLANES POLÍTICOS

En adelante las cosas se desarrollaron de manera similar. Los españoles seguían constreñidos en Ceuta, Melilla y los peñones menores, víctimas de agresiones y ataques piratas. La piratería era la actividad regular u ocasional de muchos de los habitantes costeros, que aprovechaban los barcos encallados por las tormentas o, más arriesgadamente, atacaban a los que navegaban cerca de la costa. El cobro de rescates dejaba grandes y cómodos beneficios. El sultán carecía de autoridad para controlar un imperio en decadencia, endeudado y sin un sistema político-militar eficaz. Y las potencias mantenían el statu quo en espera de llegar a acuerdos que permitieran realizar una política de ocupación en el norte africano.

Al comenzar el siglo XX España estaba aún más debilitada internacionalmente por la pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, que había dejado una crisis de identidad nacional y un sentimiento de frustración generalizada. La cuestión africana cobró importancia como única salida para garantizar una presencia internacional y algo de compensación ante el desastre colonial. Y se hablaba sin empacho de los *derechos históricos* que España poseía en Marruecos como sustento de las reivindicaciones. En esta materia, los dos partidos de la Restauración

estaban de acuerdo, con diferencias de estrategia aunque no de fondo. En agosto de 1901 Silvela publicó un artículo en *La Lectura* en el que el político conservador vaticinaba el final del statu quo, o situación transitoria en la que se dejaban las cosas como estaban, y proponía un acuerdo con Francia para obtener nuestra parte en el reparto.* Su contrincante Sagasta parecía inclinado a pactar también con Inglaterra para evitar su enfado, pues no era posible una solución exclusivamente a dos bandas. Esta vez tenía razón Sagasta.

En 1902 España y Francia llegaron a un acuerdo que se plasmó en un documento para repartirse Marruecos, pero que no llegó a aprobarse por miedo a la oposición británica.** Ya estaba Silvela encabezando un gobierno conservador que fue muy cauteloso en la cuestión. Era un tratado en el que Francia reconocía a España una gran parte del territorio marroquí, casi todo el norte hasta las ciudades de Fez y Taza. El tablero norteafricano había que considerarlo en general y la solución tenía que pasar por el acuerdo entre todos los países con intereses en una zona que va desde Egipto a Marruecos. El Reino Unido tenía un enorme interés en la navegación por el Mediterráneo y el control de las orillas del Estrecho de Gibraltar. Las cuestiones, en realidad, se iban a solventar sin el concurso español mediante un complicado tejido de acuerdos bilaterales.

La declaración franco-británica de 8 de abril de 1904 culminaba una serie de incidentes, el más importante el de Fachoda, ciudad sudanesa en la que se encontraron los ejércitos coloniales de Francia y Gran Bretaña. El francés Marchand había llegado desde el Congo al frente de una expedición y acampó en esta aldea sudanesa. Días des-

* El artículo «La cuestión de Marruecos» apareció sin firmar, pero pronto se corrió la noticia de que el autor era Francisco Silvela.

** Los españoles deseaban un tratado similar al franco-italiano de 1901 por el que Francia dejaba manos libres a Italia en Libia y esta reconocía el protectorado francés en Túnez sin oposición.

pués llegó el británico Kitchener con sus tropas y montó su campamento enfrente de los franceses. No hubo combates, se limitaron a comunicar a sus gobiernos la situación. Meses después, el gobierno francés mandó a Marchand que se retirara. Los británicos deseaban expandirse al sur para enlazar Egipto con El Cabo y los franceses querían unir el Congo con Somalia. Francia renunció a Sudán a cambio de que Inglaterra reconociera su derecho a Marruecos. Pero los ingleses colocaron en el texto algunas reservas, como el libre tráfico por el Estrecho de Gibraltar, la prohibición de fortificarlo y la cesión a España de una zona en el norte del país que se delimitaría en un posterior tratado franco-español.

Por este origen, un tratado en el que no intervino España, Francia consideró una cesión a España la zona norte y no un protectorado distinto. Gran Bretaña se aseguraba también que España no ocupara la isla de Perejil y se formara en Tánger una zona internacional. Todo ello para evitar que un país controlara las dos orillas del Estrecho, paso obligado a Suez en la ruta hacia la India. Por esta cláusula, el gobierno de Maura, representado por el ministro de Estado Rodríguez San Pedro, negoció con el ministro francés Delcassé la extensión de la zona española, que necesariamente debía estar comprendida entre el río Sebú y Melilla. Los españoles negociaron mal, carecían de fuerza o tenían poco que ofrecer a Francia, pero el caso es que la franja asignada a España era muy pequeña, de mala calidad y poblada por tribus rebeldes. Nada que ver con la del tratado nonato de 1902, donde España adquiría tierras hasta Fez y las ricas vegas del Lucus y el Sebú.

El acuerdo se firmó en París el 3 de octubre de 1904,* y en él se asignaba a España una llamada zona de influencia, sobre la que podría actuar y realizar obras y mejoras administrativas, económicas, militares

* El acuerdo se completó con un canje de notas el 1 de septiembre de 1905.

y financieras, pero sin alterar el statu quo y respetando la soberanía y autoridad del sultán. Además, se reconocía a España el derecho a ocupar Santa Cruz de Mar Pequeña y una franja al sur del país, limitando con el Sahara, concedido a España definitivamente en 1900, en la zona de Tarfaya. Y se admitía que en las zonas respectivas, Francia y España podían realizar obras públicas y explotar minas y canteras, derecho que daría lugar al siguiente conflicto hispano-marroquí.

Pero quedaba un fleco por resolver, que era el reconocimiento de alguna ventaja a Alemania, país que siempre estuvo interesado en África y que mantenía una política expansionista propiciada por Bismarck. En 1905 el crucero *Hohenzollern* llevó al káiser Guillermo II de visita a Tánger, como apoyo al sultán y la soberanía marroquí, tratando de neutralizar las acciones de las otras potencias europeas. Alemania mantenía un próspero y creciente comercio en el imperio que veía amenazado por los pactos entre Francia, Gran Bretaña y España. Alemania trataba de romper la Entente Cordiale, es decir, el pacto suscrito entre Francia e Inglaterra en 1904 de no agresión y de ordenación de la actividad colonial, al que más tarde se uniría Rusia formando la Triple Entente. Alemania trataba de pactar con Francia y otros países continentales y aislar a Gran Bretaña. La posición española no le importaba mucho, porque no tenían intereses en colisión. Buscaba romper los estrechos límites de la conferencia de Madrid de 1880 propiciando una nueva conferencia internacional sobre Marruecos que favoreciera sus pretensiones.

La Conferencia de Algeciras

Alemania consiguió al fin convocar una conferencia internacional para tratar de recortar la influencia de Francia e Inglaterra en África. Y se celebró la Conferencia de Algeciras, entre el 16 de enero y el 7 de

abril de 1904, con representantes de los países interesados.* El representante del sultán acudía en un último intento para mantener la soberanía nacional sin interferencias, y los demás países para obtener su cuota en un hipotético reparto del país y su mercado. El acta final de la conferencia apenas decía nada, pero encerraba el deseo ya no disimulado de acabar con el régimen marroquí y sustituirlo por un protectorado. Era un documento poco comprometedor que escondía las verdaderas conversaciones y lo que de palabra acordaron los principales países participantes. En esto pasó como en Berlín en 1885, un texto oficial sencillo y muchas charlas en los salones donde despejar intenciones y ajustar ganancias.

Los Romanones se mostraba satisfecho por haber organizado una conferencia que mantenía un tanto el prestigio de España y su participación internacional. En concreto, en Algeciras se decidió crear una policía de puertos marroquíes administrada por Francia y España y un banco estatal que administraría Francia. En los ocho puertos marroquíes abiertos al tráfico internacional se organizaría una policía indígena con mandos europeos que vigilara el orden y persiguiera el contrabando. España administraría la policía de los puertos de Larache y Tetuán; Francia la de los de Rabat, Mazagán, Safi y Mogador; mientras que conjuntamente se harían cargo de las de Tánger y Casablanca. También se admitió que Francia y España actuaran contra el contrabando, especialmente el de armas, en sus respectivas zonas. Esto les daba en la práctica posibilidades casi infinitas de intervención en los asuntos internos del país. Pero ni se produjeron los cambios que esperaba Alemania para aumentar sus expectativas, ni se revocó el sistema de observancia del statu quo en la medida de decidir la intervención sin tapujos.

* Alemania, Francia, España, Reino Unido, imperio austrohúngaro, Bélgica, Italia, Países Bajos, Rusia, Portugal, Suecia, Estados Unidos y Marruecos

En realidad, se produjeron efectos contrarios a lo que esperaba Alemania. El bloque franco-británico, que llevaba perfectamente preparada la conferencia y coordinadas sus políticas, salió como vencedor, reafirmando sus tesis. La soberanía que el sultán quería mantener a toda costa sufrió otros duros golpes con la creación de la policía portuaria y el Banco del Estado de Marruecos. España logró algo importante en el posterior convenio de Cartagena de 8 de abril de 1907, el respeto a su integridad territorial. La cautela con que había intervenido España en la cuestión marroquí se debía al temor de que Inglaterra ocupara las Islas Canarias o Mallorca, o ampliara su base gibraltareña. Ahora, tras el convenio, tanto Francia como el Reino Unido garantizaron el territorio español.

Con los acuerdos de 1904 y lo pactado en Algeciras, España y Francia tenían ya un instrumento para actuar en el territorio marroquí. La excusa del orden en la zona y una función de policía entendida en el más amplio sentido, les serviría para hacerlo. A partir de 1907 los acontecimientos se precipitaron. Francia presionaba continuamente al sultán para que admitiera su asistencia técnica, financiera, militar; para que, en definitiva, contara siempre con los franceses a la hora de decidir la política del país y organizar su administración. Los franceses utilizaron algunos incidentes que ocurrieron en esas fechas para forzar su intervención directa. Tomando como excusa el asesinato del doctor Mauchamp en Marrakech, Francia ocupó Uxda y la parte sur del Muluya; los españoles, por su parte, se hicieron con Restinga y cabo de Agua en 1908, también con la excusa de garantizar la seguridad de Melilla frente a las bandas cabileñas insumisas. Después, unos incidentes en los que murieron varios obreros franceses en Casablanca y la posterior persecución de europeos, sirvieron a Francia para bombardear esta ciudad y luego ocuparla con la ayuda de unos quinientos infantes de Marina españoles que desembarcaron del *Álvaro de Bazán*. Con estos antecedentes, los batallones franceses se dedicaron a

ocupar libremente la Chauia desde Casablanca y Rabat hasta Marrakech y Mequinez.

El gobierno de Maura se mostraba cauteloso, conocedor de la débil posición de España para acometer por el momento una ocupación de envergadura en el territorio marroquí. Asistía preocupado a las acciones francesas. En 1911 Francia ocupó Fez tras otro incidente similar. La suerte marroquí estaba echada. Francia actuaba libremente, sin oposición de los otros países occidentales y sin apenas resistencia marroquí.

Las minas del Rif y El Roghi Bu Hamara

Esos mismo acuerdos de 1904 dieron a España la posibilidad de actuar dentro de su zona de influencia. Existían en la cabila de Beni-Ifrur unos yacimientos de mineral de hierro que se suponían ricos y rentables. Ya se habían estudiado las muestras de rocas conseguidas y solo faltaba que se adjudicaran a una compañía solvente que tuviera los medios necesarios para su explotación. Después de Algeciras, era España y no el sultán quien debía proceder. Y así lo hizo.

Pero la zona de Marruecos fronteriza con Melilla, debido a la ausencia de autoridad del Majzen, se hallaba dominada por un cabecilla rebelde al sultán Abd el Aziz llamado Bu Hamara, que impuso su autoridad, en parte basada en la fuerza y en parte en el acuerdo con los jefes cabileños. Se consideraba a sí mismo pretendiente al trono, aunque solo fuera un impostor, de ahí el sobrenombre de El Roghi,* y unía a una formación en la Madraza de Fez y algunos empleos en el Majzen, una fama de mago que inspiraba un respetuoso temor entre la

* Que quiere decir pretendiente, ya que Bu Hamara fingió ser hermano del sultán y aspirante al trono.

supersticiosa población. Se sabe que había sido funcionario en Taza, y que fue encarcelado por falsificar firmas. Después de salir de prisión, se marchó a Argelia y se unió a la secta de los darkawa. En ocasiones suplantaba la personalidad de un hermano del sultán, Muley Hassan, que llevaba ocho años en prisión, para sustentar sus falsos derechos al trono. Contaba con una guardia pretoriana que imponía su voluntad y cobraba impuestos a habitantes y comerciantes. Se había hecho proclamar sultán en Taza en 1902 y ese mismo año venció a un importante ejército enviado por el auténtico sultán para detenerlo. Este apoyado por los argelinos, recuperó Taza en 1903 e impidió que El Roghi tomara Uxda. Este se retiró prudentemente a Farhana y Zeluán, en las proximidades de Melilla, cuyas alcazabas dominaba y donde instaló una especie de corte y se dedicó a gobernar una zona que se beneficiaba del comercio con los españoles. Desde entonces, su poder en el territorio era real y no se sentía importunado por ninguna autoridad, teniendo sometidas a las cabilas de Guelaya, Kebdana y gran parte del Rif. Para seguir con su situación de casi soberano, procuró mantener el orden y la paz, y respetaba los límites españoles. Mientras, España mantenía un postura de reconocimiento al sultán legítimo y de trato continuo con el cabecilla de la zona próxima.

Bu Hamara, por su cuenta y riesgo, había llegado a concluir negociaciones para adjudicar en 1907 la explotación minera de cobre, plata, oro y plomo en Kelaya a un industrial francés llamado Massenet, protegido del duque de Wagram, por una importante cantidad de dinero. Y, a la vez, concedía las minas de hierro de Beni bu Ifrur a unos españoles que formaron el Sindicato Español de Minas del Rif. La actitud de España, con la que por otra parte siempre mantuvo buenas relaciones pero que no podía reconocer su autoridad casi soberana y que ignoraba los acuerdos que El Roghi firmaba, le llevó a una cierta hostilidad hacia nuestra presencia. Por otro lado, los cabileños, que se sentían dueños de la riqueza de su subsuelo, tampoco vieron con agrado

do la actuación de España, por lo que el conflicto estaba, de nuevo, servido. Además, Bu Hamara emprendió una campaña para dominar el Rif central, que le llevó a enfrentarse con la cabila de Beni Urriaguel, sufriendo una rotunda derrota. Y, por último, el sultán reorganizaba sus fuerzas para dar un golpe definitivo contra el cabecilla rebelde. Los intervinientes en el juego eran variados y se preparaban para el desarrollo de los acontecimientos.

España, como era lógico, desconoció las concesiones mineras de Bu Hamara y procedió a otorgar las suyas (siempre en nombre del sultán) en los montes de Uixan (Beni bu Ifrur), que coincidían con las del rebelde rifeño. Los grupos españoles que competían por las minas acabaron llegando a un acuerdo y se unieron formando la Compañía Española de Minas del Rif, uno de cuyos principales accionistas era el conde de Romanones. Massenet, con algunos socios españoles con los que formó la Compañía Norte Africano, obtuvo las minas de plomo de Afra. Las minas, algunas a cielo abierto, eran de fácil explotación; estaban próximas a Melilla, y se había obtenido también autorización para hacer un ferrocarril que transportara el mineral hasta el puerto de esta ciudad y para la construcción de caminos, viviendas, hornos y demás instalaciones. Estuvieron en explotación hasta los años setenta del siglo XX y de ellas se obtuvo un mineral de calidad, sobre todo el hierro, que se exportó a todo el mundo. En algunas fechas, como durante la Segunda Guerra Mundial, el hierro de Melilla era muy buscado por las potencias para la fabricación de armas. En 1907 se iniciaron los trabajos de construcción de los ferrocarriles, ya que cada compañía tenía el suyo propio, y se instalaron las primeras familias de trabajadores en los poblados levantados en el lugar minero.

El Roghi había cometido el error de lanzarse contra las cabilas del Rif central, queriendo dominar también Bocoya y Beni Urriaguel. Fue derrotado y, ante su debilidad, las tribus de su territorio se empezaron a levantar contra el cabecilla y a organizarse contra los españoles.

Querían gestionar ellos mismos las concesiones de los yacimientos sitos en sus territorios. Algunos jefes cabileños que apoyaban al rebelde también temieron que, con la caída de este, perdieran su parte de las cantidades que le llegaban. Llegado el caso, se pondrían contra los españoles que les privaban del dinero. El poder de Bu Hamara se quebraba, y era consciente de que no podía tener varios frentes abiertos a la vez, por lo que optó por el acuerdo con los españoles. El 8 de agosto de 1908 los cabileños de M'Talza y Beni Sicar atacaron los poblados mineros llevándose lo que pudieron y poniendo en fuga a los habitantes españoles. Era Bu Hamara, según había pactado con los españoles, el encargado de castigar estos ataques, pero su poder se estaba diluyendo y optó por abandonar la región retirándose al interior del país, siendo derrotado y apresado por fuerzas del sultán que lo llevaron prisionero en un carro jaula a Fez en agosto de 1909. Allí fue torturado y ejecutado.

El vacío de autoridad en el que quedó sumida la zona lo intentaron llenar las cabilas o tribus, volviendo a la independencia tradicional entre ellas y a esporádicos lazos de unión cuando tenían un enemigo común. La actitud hostil de estas paralizó las obras mineras, y tuvo que volverse al tradicional sistema de pactos, con negociaciones interminables. El estancamiento de los trabajos, y teniendo en cuenta que una de las compañías era de capital francés, impulsó a los franceses a amenazar con mandar tropas si los españoles no tomaban el control. El general Marina, comandante general de Melilla, optó por continuar los trabajos con protección militar y dirigir algunas acciones de castigo a las tribus. No creía que fuera posible llegar a un acuerdo con las cabilas del lugar y temía que estas volvieran a la postura de los tres últimos siglos de bloqueo de la ciudad de Melilla, situación que no ocurrió mientras se mantuvo el poder de Bu Hamara.

El Roghi supuso la paz y su ausencia la anarquía, y esa misma anarquía era la excusa perfecta para que los españoles y franceses in-

tervinieran definitivamente en el país. Por lo tanto, la política se deslizaba por caminos tortuosos y daba rodeos poco claros para llegar al fin último. El gobierno de Madrid le paró los pies a Marina y optó por enviar a Alfonso Merry del Val al frente de una embajada extraordinaria ante el sultán, que no obtuvo resultados concretos, ya que el monarca pretendía que los españoles retiraran las tropas de la Restinga y cabo de Agua, ocupados en 1908. Para solventar esta insoportable paralización, el 7 de junio de 1909 las compañías obtuvieron autorización española para reanudar los trabajos interrumpidos tras la marcha de El Roghi Bu Hamara.

El general Marina y el comienzo de la guerra

Como hemos dicho, en 1909 el comandante general de Melilla era Marina. Era este un hombre maduro, con una gran trayectoria militar y de fuerte personalidad. Había nacido en Figueras en 1850 y a los seis años estaba en Luzón (Filipinas), ya que su padre, también militar, tenía destino en la colonia. En 1863, de regreso en Madrid, Marina ingresó como cadete en el batallón de Cazadores de Llerena. Tres años después, el alférez Marina volvió a Filipinas, donde estuvo hasta 1872. Acudió a luchar en la guerra carlista a las órdenes de Echagüe. En 1874, en la defensa de Tolosa, ganó la Cruz del Mérito Militar de 1ª clase. Cuando acabó la campaña ya era comandante. Después de varios destinos peninsulares, Marina embarcó hacia América en 1889, porque había sido nombrado ayudante del capitán general de Puerto Rico. Poco más de un año después, como teniente coronel, acudió de nuevo a Filipinas, donde participó en las operaciones de Mindanao y ascendió a coronel. Fue herido, nuevamente condecorado y ascendido a general de brigada. En 1897 lo encontramos combatiendo en Cuba, hasta que se perdió la guerra y regresó a España, siendo nombrado go-

bernador civil de Barcelona. En 1900 era general de división y, tras varios mandos en la península, pasó a Marruecos.

Por lo tanto, Marina era un hombre experimentado que estaba en la cumbre de su carrera militar. Había sido soldado en varias guerras y conocía el combate. No era un hombre que estuviera aún haciendo méritos y podía contradecir al ministro y al gobierno cuando las instrucciones de estos no fueran, en su manera de ver, las correctas. El gobierno era demasiado cauto en los asuntos marroquíes para no contrariar a Francia e Inglaterra, pero Marina se amparaba en lo pactado en Algeciras para proponer nuevos avances que consolidaran las posiciones mineras españolas. Marruecos era su destino deseado, una tierra que conquistar después de ver cómo se perdían Cuba, Filipinas y Puerto Rico. Marina quería que las tropas españolas ocuparan permanentemente posiciones en el campo moro para proteger los trabajos del ferrocarril y las minas. En concreto, quiso tomar el Atalayón, una pequeña península dentro de la laguna de Mar Chica, al sur de Melilla, y desde donde los españoles podían acudir a cualquier agresión. Pero no fue autorizado.

El 9 de julio de 1909, los moros atacaron a los trabajadores del ferrocarril minero que se construía desde Melilla a las minas, causando seis muertos y un herido. El hecho iba a precipitar la guerra, porque era de suficiente gravedad como para no poner ya más impedimentos a lo previsto en el acta de Algeciras. Ese mismo día se firma el decreto que movilizaba a las brigadas de cazadores de Madrid, Campo de Gibraltar y Barcelona para enviarlas a Marruecos a pacificar el país. Esta llamada de reservistas, muchos de ellos casados y con familias que sostener, fue el origen de la Semana Trágica de Barcelona. Dada la estructura provincial de los regimientos, cuando se movilizaba alguno ya se sabía que todos los afectados eran de la misma provincia y, en consecuencia, todas las víctimas lo iban a ser. Esta circunstancia retrasó en 1893 la llegada de refuerzos, porque políticamente era una medida desigual con respecto a unos y otros españoles. En 1909 se aprovechó

para organizar una revuelta y una huelga general revolucionaria de sangrientas consecuencias. El gobierno de Maura, muy tocado desde la ley del terrorismo,* no tenía fuerza suficiente para enfrentarse a la situación sino con las armas de la Guardia Civil y el ejército. La batalla interior obligaba a retrasar las decisiones en Marruecos. A partir de entonces se empieza a escuchar en España el famoso grito de «¡Maura no!», y el político conservador se ve abocado al declive y empieza a deteriorarse sin remedio el sistema de la Restauración.

Marina no contaba con tropas suficientes para enfrentarse a los atacantes rifeños, necesitaba refuerzos. Algunas decisiones poco acertadas en el plano militar agravaron la situación de nuestras tropas en África. La guerra no iba a ser un paseo contra guerrillas rebeldes, sino una auténtica campaña contra un ejército irregular pero disciplinado y austero, que luchaba en su tierra y con un conocimiento del lugar y de sus ventajas que sorprendió a las fuerzas españolas en muchas ocasiones. Los combates se iban a desarrollar en el Gurugú, macizo montañoso al sur de Melilla, cuyos barrancos causados por la erosión de siglos bajan abriéndose como embudos perpendiculares al mar, ofreciendo al emboscado un abrigo seguro y dificultando la ofensiva. Los barrancos se suceden de tal manera que, superado uno, aparece otro y después otro, en una serie ilimitada de obstáculos. El suelo era pedregoso y estaba plagado de grandes rocas que actuaban como parapetos. El camino hacia las minas discurría entre los montes y el mar, siendo fácilmente batible desde las alturas, lo que convertía a los soldados españoles en un blanco casi seguro.

Tras el ataque a los trabajadores, Marina dispuso un despliegue de la mitad de las fuerzas de Melilla en el territorio de la agresión. Con

* El proyecto de Ley de Represión del Terrorismo buscaba combatir los atentados anarquistas, pero incluía grandes limitaciones a la prensa y los sindicatos. Fue muy criticado por todos los sectores de la sociedad española, incluidos muchos liberales.

tres batallones y una batería montada estableció cuatro posiciones defensivas: dos a la vanguardia (Atalayón y Sidi Ahmed el Hach) y dos retrasadas (Segunda Caseta y Sidi Musa). Pero estas posiciones adolecían de los grandes defectos de nuestra acción en Marruecos. Estaban dominadas por alturas no ocupadas y debían ser abastecidas a diario por convoyes con origen en la plaza. El enemigo, escondido, se limitaba a paquear (disparos de francotiradores) durante todo el día con sus fusiles Lebel y Chassepot franceses y los Remington americanos, que habían adquirido gracias al contrabando, o con sus viejas espingardas de siempre. Las posiciones eran atacadas y la defensa pasaba por acciones de socorro emprendidas desde Melilla. Los ataques eran cada vez más nutridos y causaban muchas bajas a los españoles.

Marina decidió emprender una operación para contrarrestar el poder de los cabileños. El día 21 de julio el coronel Álvarez Cabrera salió de noche de Melilla con el objetivo de reforzar Sidi Musa y así lo hizo tras una larga marcha, pero cometió la imprudencia de colocar piezas de artillería en las laderas del monte sin ganar las alturas de Ait Aixa, desde donde podría dominar el campo. Los enemigos, conscientes del error del español, atacaron dejando a los españoles en una situación muy comprometida bajo el fuego rifeño. La columna era pequeña para la acción y estaba mal preparada, defectos comunes en nuestras acciones en Marruecos, y marchó de noche perdiendo el contacto con la plaza, de donde no pudo recibir órdenes. Álvarez Cabrera avanzaba hacia una trampa, y Marina se lo quiso impedir, pero el enlace no encontró la columna. O, al menos, eso es lo que cuenta la historia oficial. Un autor lo explica con claridad: «La reducida columna que se puso bajo el mando del coronel Álvarez Cabrera, como la misma orden expresa, hubo de formarse con compañías de distintos cuerpos, algunas de ellas acabadas de desembarcar y según creemos, sin foguear, desconociendo el terreno en absoluto y completamente nuevas para el jefe que había de conducir las en operación tan dificultosa y llena de peligros».¹

Conviene subrayar que la improvisación, la falta de conocimiento del terreno, la ausencia de tropas preparadas y los defectos del mando llevaron a graves desastres en las campañas africanas. Este fue el primero de una larga sucesión. El marroquí aguardaba pacientemente hasta que estaba en una posición de superioridad frente al enemigo. Ante los españoles rehuía el combate a campo abierto, donde eran inferiores, y aprovechaban las dificultades del terreno para organizar emboscadas. Cuando una compañía llegó en ayuda de Álvarez Cabrera, solo pudieron recoger su cadáver y los de otros muchos españoles. Marina, que ya contaba con las brigadas de reservistas llegadas de la península, acudió al lugar apoyado por algunas fuerzas, entre las que estaba el Batallón de Figueras, que fue emboscado y duramente castigado. No poder ocupar las alturas de Ait Aixa fue un duro revés para el comandante general y determinó la trágica suerte de los españoles. Los combates se generalizaron, aunque durante los días siguientes en la franja que separaba el Gurugú de la Mar Chica reinó una calma relativa que sirvió para que los españoles reforzaran sus defensas. Los marroquíes dominaban las elevaciones del terreno y los españoles se defendían dificultosamente en el llano. Cabrera era un militar experimentado y conocedor de Marruecos. Había estado comisionado estudiando el imperio y fue jefe de la misión militar cerca del sultán. Conocía el modo de combatir rifeño y había escrito una obra sobre este asunto, *La guerra en África*, que se publicó en 1893. ¿Pecó de exceso de confianza o creyéndose más fuerte de lo que era? ¿Tuvo quizás la osadía de avanzar de noche con tropas poco preparadas?

A finales de julio de 1909 Marina fue ascendido a teniente general. Contaba ya con más de 17.000 soldados en Melilla y sus alrededores, cifra muy importante para combatir a rebeldes rifeños sin estructura de ejército. Pero la guerra dejaba de ser un acontecimiento popular entre los españoles y se convertía en una de las mayores causas de descontento de la primera mitad del siglo XX.

El Barranco del Lobo

Mientras el Gurugú estuviera en manos del enemigo, la situación en el llano era imposible de dominar. Ni podía transitarse por la franja costera, ni se podían construir ni utilizar los ferrocarriles mineros. La harca (grupo de combatientes irregulares marroquíes) había aumentado con la llegada de cabileños de Beni Urriguel, Quebdana y Beni Bu Yoghi. El cabecilla Amezián o Mizzian empezaba a ejercer un liderazgo indiscutible entre las tribus próximas a la plaza española. Tras el revés, Marina dispuso dos operaciones para el día 27 de julio. Una fue la salida de una columna de seis compañías de infantería y una sección de artillería para proteger el convoy y defender la segunda caseta, instalación del ferrocarril distante unos 7 kilómetros de Melilla. Y la segunda consistió en formar una brigada de cazadores, al mando del general Pintos, que vigilara los barrancos del Gurugú por si el enemigo atacaba el flanco de la escolta del convoy bajando por ellos. El convoy de aprovisionamiento llegó bien. Pintos estacionó su brigada en la posición de Lavaderos y colocó otra parte de sus hombres y una batería en la posada del cabo Moreno. La formaban seis batallones de infantería, un escuadrón de caballería y las compañías auxiliares. Pintos desplegó en guerrilla la vanguardia y maniobró hasta colocar tres batallones (Las Navas, Llerena y Arapiles) en la entrada del Barranco del Lobo, que comenzaron a subir introduciéndose en el mismo, como si fuera una trampa mortal. Los batallones ya estaban disminuidos por las acciones anteriores y habían perdido a sus jefes, pero continuaron.

// Hubo momentos de indisciplina propia de las tropas bisoñas y errores graves de los jefes, que se empeñaron en subir por el barranco que estaba batido desde los flancos y la altura. Cada vez que se tomaba una elevación, se daba orden de seguir a la siguiente. Esto restaba capacidad, en palabras de Corral Caballé: «Los soldados no pueden imitar a las aves y en rápido vuelo pasar de una a otra cresta de mon-

taña, habían de descender a los barrancos y volver a trepar, y entonces los cabileños, protegidos por las piedras que les servían de trinchera, hacían continuo y mortífero fuego». ^{2/}Decía Martínez de Campos: «Los atacantes perdieron pronto la noción de su objetivo. Detrás de cada ondulación había una cresta, y detrás de cada piedra había un rifleño disparando». ³ Un observador francés que había acudido a presenciar la campaña, el general De Torcy, se asombraba de la torpeza de los españoles en la campaña: «Es imposible admitir que los acontecimientos de las semanas precedentes, en particular las circunstancias de los combates del 18, 20 y 23 de julio, no hayan hecho reflexionar al comandante y estado mayor españoles —todavía novicios en guerra en África— y no les hayan siquiera aportado enseñanzas útiles». ⁴ Era la zona donde estaba concentrada la mayor cantidad de enemigos, entre ellos los que causaron la derrota de Álvarez Cabrera.

Marina intentó frenar el avance para que sus hombres no subieran la cara derecha del barranco, porque en su ofensiva no veían las alturas del terreno, pero ya era tarde. Las tropas españolas estaban atrapadas en el agujero, copadas por el fuego rifleño. «Era imposible evitar la confusión, precursora del pánico, y los diezmados batallones comenzaron a replegarse con orden en algunos puntos, precipitadamente en otros, abandonando acémilas con municiones y sin poder retirar muertos y heridos, siendo no pocos los que en este movimiento retrógrado cayeron al fondo del barranco». ⁵ El general Pintos y los jefes de Arapiles y Las Navas habían muerto. El coronel Aranda, jefe de la columna de protección del convoy, tuvo que acudir rápidamente para hacerse con el mando. Los españoles habían sufrido 143 muertos y 599 heridos.

Los españoles cobraron dos importantes derrotas y habían comprendido a la fuerza que el enemigo era más numeroso, más fuerte y estaba mejor preparado y adaptado al terreno de lo que pensaban. Marina tuvo que cambiar de estrategia. Aprendió que el estrecho pasillo situado entre el Gurugú y el mar, camino natural hacia la cabila mine-

ra de Beni bu Ifrur, era una ratonera en la que los moros podían imponer su fuerza. Se aprendió también a usar la información que suministraban globos cautivos desde donde se mandaban fotografías, dibujos y planos de las posiciones enemigas en el monte y que servían a la artillería para dirigir las cargas. La artillería española contaba con buenas piezas Schneider de gran precisión y alcance en el tiro y cuyo blindaje protegía a los servidores. Marina tenía ya una considerable cantidad de efectivos, pero durante agosto y septiembre no se produjeron combates importantes, porque se había decidido preparar la campaña de otra manera y se necesitaba programar las nuevas acciones. En agosto había llegado la división de Orozco con Aguilera y San Martín mandando las brigadas. Las tropas españolas no cabían en la plaza y tenían que acampar en el campo exterior, al abrigo de la artillería de Melilla y los fuertes.

En agosto, Orozco hizo un alarde de fuerza, marchó por la Restinga, que era la lengua de tierra que separaba el mar de la Mar Chica, y tomó Zoco-el-Arbaa. Pensó abrir una bocana para que las cañoneras pudieran penetrar en la Mar Chica y así disparar con facilidad a las laderas del Gurugú, y para que los barcos aprovisionasen sin peligro por mar a las tropas estacionadas en Nador, pero no lo consiguió. Por esta imposibilidad, se optó por desembarcar tropas e impedimenta en cabo de Agua, más al este, y desde allí atacar sin tener que pasar por el estrecho pasillo del Gurugú al mar. De esta manera, el coronel Larrea se aseguraba el control pacífico de Akerman y Quebdana a finales de agosto. El 4 de septiembre, Aguilera, con dos batallones de infantería, abandonó Zoco-el-Arbaa y se dirigió a Quebdana. A su regreso, fueron tiroteados por los rifeños de la cabila y los que se habían refugiado en la alcazaba de Zeluán, antigua corte de El Roghi. Al día siguiente tomó Lehdera, con el apoyo de las baterías Schneider, que ponían al enemigo en fuga. Poco a poco los españoles aprendían la manera de operar del enemigo y decidieron no acudir nunca en co-

lumnas mientras los flancos no estuvieran cubiertos debidamente, en especial el que daba a las montañas. El 7 Aguilera ocupa definitivamente Akerman y la zona llana de la cabila. Después Zoco el Arbaa. Los enemigos se le iban sometiendo poco a poco y la intensidad de los combates disminuía.

El final de la campaña

Marina tenía una enorme carencia. Los mapas de la época no eran fiables, apenas se conocía el terreno y debían prepararse las acciones sin previa inspección visual del mismo o arriesgándose a lo desconocido. El 20 de septiembre, Marina decide lanzar la ofensiva. Entiende que es mejor rodear al enemigo en el macizo del Gurugú que volver a internarse por el pasillo costero. Concentra en el fuerte de Rostrogordo a una división de cazadores al mando del general Tovar, una división de infantería con el general Sotomayor y el resto de las unidades de Melilla mandadas por el general Del Real. Para la ofensiva lanzó solamente a la división de Tovar. Primero con la brigada de Alfau, que se dirigió al oeste de la ciudad, hacia Hach Bissian, y a su retaguardia dos regimientos de la brigada de Morales. Desde este punto, Marina y Alfau cruzan el río Jateb y llegan a Taurirt, mientras Morales y Tovar se desvían hacia Taxdirt y Tafarat. Han conseguido llegar al mar en la otra costa de la península de Tres Forcas, y eso garantiza el contacto con la armada.

Tovar encuentra más resistencia en su avance hacia Taxdirt. Su flanco izquierdo es hostigado desde Tafarat, y el Batallón de Cataluña tiene que emplearse a fondo para proteger el avance y rechazar al enemigo, ocupando las lomas de Taxdirt para contenerlo, porque, aunque se había replegado, no cesaba de disparar. Cuando Tovar decide relevar a esta unidad, al dejar libre la loma los del Batallón de Cataluña, el ene-

migo ataca con el propósito de conquistarla. La caballería de Cavalcanti lo impide en la famosa carga que le valió la Laureada. El teniente coronel José Cavalcanti de Alburquerque y Padierna había nacido en Cuba en 1871. Estaba casado con una hija de Emilia Pardo Bazán. Había combatido en Cuba y, al regresar, fue agregado militar en Roma. Tuvo también importantes actuaciones en la campaña de 1921, cuando se vio obligado a sustituir al fallecido Silvestre. La República lo apartó de la carrera militar y murió en Madrid en 1937. Tres cargas llegó a dar el escuadrón en un terreno de suelo duro y en ligera pendiente. Los marroquíes no pudieron hacer frente a los rápidos jinetes y huyeron desistiendo de su avance. Los españoles se salvaron. Al caer la tarde, la situación era comprometida, con las fuerzas españolas atacadas por todas partes y sin que la reserva pudiera auxiliarles. Después, llegaron refuerzos enviados desde Rostrogordo y otros por mar y la situación se calmó.

Los días siguientes, los españoles fueron avanzando hacia el sur, rodeando el Gurugú por el oeste, encontrándose por primera vez con moros favorables, como Asmani *El Gato*, que colaboró con una harca amiga. El 23 ya estaban en Zoco-el-Had de Beni Sicar. En este punto tuvo lugar el suceso en el que el cabo Noval ganó fama. Estaba en una patrulla que salió de un puesto avanzado, cuando fueron rodeados por los moros. Eran rifeños de Beni Urriaguel, de Alhucemas, que se habían unido a la lucha. Habían engañado a los españoles de la posición próxima, que no disparaban creyendo que se trataba de amigos. Noval se dio cuenta de la añagaza, gritó «¡fuego aquí, que son ellos!», y salvó de la emboscada a los compañeros cayendo muerto. Obtuvo la Cruz de San Fernando de 2ª clase.

Por su parte, el general Aguilera maniobraba por el sur de Mar Chica para ocupar los pozos de Aograr, Zeluán y Nador. En este último lugar, todavía no era ni pueblo, se estacionó Orozco, y el 26 llegó la división de Tovar para marchar unidos hacia Zeluán al día siguiente.

Dos columnas paralelas, muy numerosas, marchaban por los llanos que los rifeños no podían defender ni atacar. Y ese mismo día ocuparon el poblado y la alcazaba de Zeluán. Pacificada la zona por las dos bandas, el coronel Aizpuru es encargado de tomar el Gurugú con tres columnas que ascienden por el laberinto intrincado de barrancos y contrafuertes. Aizpuru toma el pico Basbel, el coronel Axó hace lo propio con Kola y el coronel Miguel Primo de Rivera se planta en las alturas de Ait Aixa y el Gorro Frigio. La ocupación de Ait Aixa fue tardía, porque si se hubiera hecho antes, como lo intentó Pintos de manera imprudente, los españoles hubieran dominado el campo llano y la campaña se hubiera desarrollado de otra manera y con menos bajas. Aun así acabó con la ocupación de Tazza y el aseguramiento de la zona creando posiciones fuertes. A finales de octubre el gobierno anunció la repatriación de las tropas expedicionarias. El Gobierno Militar o Comandancia de Melilla se elevó a Capitanía General y se le asignó un efectivo de 20.500 hombres. La penetración en Marruecos se había puesto en marcha y para ello era preciso disponer de una fuerza militar grande y efectiva.

Los españoles habían librado una dura contienda en territorio marroquí contra un enemigo duro y avezado en un tipo de guerra de resistencia, emboscada y hostigamiento, pero menor en número y en organización. Para dominar aproximadamente los 1.700 kilómetros cuadrados de la península de Tres Forcas, que quedaron guarnecidos en defensa de la ciudad, habían necesitado casi cuarenta y ocho mil hombres y gastado más de cien millones de pesetas. «Jamás general alguno del ejército español ha llegado a reunir bajo su mando tantos elementos modernos de combate como el general Marina». ⁶ Se había enrarecido la vida política nacional y se empezaba a ver Marruecos como un problema sangriento, duradero y poco rentable. Las bajas habían sido excesivamente numerosas. A Marina se le achacaba cierta condescendencia con los moros, proclividad al acuerdo y falta de decisión en el

castigo definitivo. La manera hispánica de hacer la guerra en Marruecos presentaba graves fallos que se podían haber corregido estudiando la forma francesa de hacer la guerra en Argelia. Los españoles se obstinaban en mantener muchas pequeñas posiciones que se debían abastecer casi a diario. Los franceses, desde Bugeaud, colocaban en el territorio grandes posiciones bien defendidas y suministradas desde donde salían columnas móviles que castigaban al enemigo. Los españoles combatían con tropas bisoñas compuestas por soldados de reemplazo y reservistas, sin unidades profesionales. Esta manera española de hacer la guerra traerá consecuencias desastrosas años después.

La instauración del protectorado

Como vimos, la actuación en Marruecos se tejió a través de una complicada red de intereses entre los diferentes países europeos. Francia, que era el principal actor en esta obra, había llegado a un acuerdo con Italia para dejarle Libia en 1901, con Inglaterra para cederle Egipto en 1904, dando lugar a la Entente Cordiale, y ese mismo año con España para darle los restos de Marruecos después de fracasado el tratado nonato de 1902, que Maura no quiso firmar para no aislar a España de Inglaterra. Pero faltaba contentar a Alemania. La política agresiva del káiser no había funcionado en Marruecos. Su visita a Tánger en 1905 no le dio beneficios y la convocatoria de la Conferencia de Algeciras no respondió a lo que le interesaba. Sus pretensiones en Marruecos, país en que sus compañías y comerciantes estaban realizando buenos negocios y tenían perspectivas de hacerlos más grandes, no estaban todavía cumplidas ni siquiera por aproximación. En 1911 van a hacer una nueva demostración de fuerza, y una reclamación de participación en los asuntos marroquíes, enviando al cañonero *Panther* al puerto de Agadir, que era el más importante en la zona. El incidente

pudo causar una guerra, no olvidemos que la Primera Guerra Mundial comenzó solo tres años después. Tampoco esta vez Alemania vio satisfechas sus esperanzas. La crisis de Agadir se resolvió diplomáticamente a favor de Francia, que se vio apoyada por Inglaterra y Rusia, por la alianza llamada Triple Entente que los tres habían constituido. Tras este episodio, Francia quedó definitivamente con las manos libres en Marruecos a cambio de un pedazo de Congo francés, que fue cedido a Alemania, incluido en el acuerdo firmado entre ambas potencias el 4 de noviembre de 1911.

Superado este obstáculo, Francia ultima su gran proyecto norteafricano obligando al sultán a firmar el acuerdo de instauración de un protectorado sobre el imperio magrebí el 30 de marzo de 1912. Las diferencias entre protectorado y colonia están claras en la teoría. En el protectorado, el país protegido sigue conservando su personalidad jurídica internacional y de derecho interno. El país protector se limita a completar la administración insuficiente mediante la creación de una estructura política y administrativa superpuesta, pero que actúa siempre en nombre del sultán que había cedido el uso de competencias soberanas. En la práctica, el dominio del país protector sobre el protegido era tal que apenas se diferenciaba de una colonia. Más aún teniendo en cuenta que había colonias de diferentes tipos y de diferentes grados de dominio.

Tras este paso, Francia se apresuró a cumplir lo pactado con Inglaterra en 1904 y convocó a España para delimitar la zona que le correspondería en el norte; y ambos países firmaron el 30 de noviembre de 1912 el tratado por el que quedaba constituido el protectorado español de Marruecos, o la zona española de protectorado como prefirieron llamarla los franceses. Además, España tenía su franja sur, lindante con el Sahara, que veremos en el capítulo correspondiente. Francia se llevaba la parte mayor y mejor, con grandes zonas de buenas tierras para agricultura y ganadería, zonas mineras y las grandes ciuda-

des y puertos. Además, era la mejor organizada y contaba con grandes caídes y líderes con los que le era posible pactar al gobierno.

A España le correspondió una franja pobre, escasamente poblada, montañosa y rebelde. Apenas unos pequeños valles para la agricultura y las minas del sur de Melilla. Se le había despojado de Tánger en el norte, de la franja hasta la frontera argelina en el este y del territorio de Fez al sur. Solo poseía una ciudad importante, que era Tetuán, otra mediana, Larache, y tres pequeñas: Arcila, Alcazarquivir y Xauen. El territorio se dividía en cabilas belicosas, enfrentadas entre ellas, sin líderes regionales importantes y contrarias al poder colonial. El legado era un regalo envenenado que España tuvo que aceptar por dignidad nacional y, sobre todo, por no quedar fuera del juego internacional de la época.

En agosto de 1911, cuando el acuerdo con Francia era casi completo pero todavía no se había firmado, los españoles ocuparon Larache, Alcazarquivir y Arcila, donde la ayuda de El Raisuni fue fundamental para llegar a la ciudad y dominarla sin disparar ni un solo tiro. Las acciones las encomendaron al teniente coronel Silvestre, que había mandado la parte española de la policía portuaria de Casablanca y que se destacaría más adelante en la crisis de 1921. Los franceses, sin haberse establecido formalmente el protectorado, habían ido ocupando las zonas más aprovechables del país y destacaron agentes en las dos orillas del río Lucus, que era la frontera entre las zonas francesa y española. Ante la posibilidad de que intentaran ocupar alguna parte de la zona española, singularmente Alcazarquivir, para dejarlo como un hecho consumado, el gobierno de Canalejas decidió ocupar aquellas tres ciudades y sus comarcas. Fue un hecho llevado a cabo con éxito que tuvo un importante apoyo en la población, que veía que la descomposición del Majzen iba minando las estructuras económicas y favorecía el caos y la violencia. Canalejas, un impulsor de la acción colonizadora española y del acuerdo con Francia, fue asesinado el 12 de noviembre de 1912, unos días antes de la firma del tratado.

El protectorado español se organizó como ahora veremos. Aunque fue cambiando de unas etapas a otras, el esquema final no fue muy distinto al que señalamos.

En primer lugar existía una Administración Central que se dividía en dos partes:

a) Marroquí. A la cabeza estaba un jalifa o representante del sultán en la zona. Era elegido por el sultán entre los dos candidatos que le presentaba el gobierno español. Dictaba los dahires y la justicia se administraba en su nombre. El Majzen jalifiano lo componían el gran visir o jefe de los servicios administrativos, el visir de Justicia, que era el jefe de la justicia en la zona, el administrador de los bienes del Majzen y el administrador de los bienes habices (fundaciones o bienes dejados para fines benéficos). Los nombramientos los efectuaba el jalifa mediante dahir pero con la autorización previa del alto comisario español.

b) Española. A la cabeza estaba el alto comisario como jefe político, administrativo y militar del protectorado español. Dependía de la Presidencia del Gobierno y tenía un amplio poder. Le seguía el delegado general o secretario general, que sustituía al alto comisario y era el jefe de la administración protectora. Era también competente en materia de policía y seguridad. El delegado de Asuntos Indígenas, para los asuntos marroquíes. Además, estaban el delegado de Educación y Cultura, el delegado de Economía, Industria y Comercio, el delegado de Obras Públicas y Comunicaciones, y el delegado de Hacienda. Cada delegación tenía varias direcciones o servicios.

c) Existían asimismo unos órganos mixtos u organismos en los que participaban tanto funcionarios españoles como marroquíes: Junta Superior de Monumentos Artísticos e Históricos, Junta Central de Sanidad, Junta Central del Crédito Agrícola, Mechles el Ulama (relacionada con los derechos de usufructo de los bienes habices), Junta Central de Estadística, Comisión Central para la Lucha Antipalúdica y la Junta Central de Higiene Pecuaria.

A la vez, los servicios periféricos se organizaban en una administración local con igual bicefalia:

1) Marroquí. La administración local se dividía en caidatos, a cuyo frente se encontraba un caíd y que comprendían el territorio de una cabila. Si en la misma existía una ciudad, el cargo se convertía en bajá y el término en bajalato. Los umana el mustafadat administraban los bienes del Majzen, los umana de aduanas las mismas, los nuddar los bienes habices y los almotacenes cuidaban de los mercados

2) Española. Coincidiendo con los caidatos o bajalatos, los españoles establecieron las intervenciones territoriales, con un interventor al frente que era un militar y ejercía en el territorio las competencias administrativas, políticas y de policía. En cada intervención solía haber servicios de enseñanza, sanidad, obras públicas, agricultura, policía y hacienda. En las ciudades existían juntas municipales a la manera de ayuntamientos peninsulares

3) Órganos mixtos. Juntas locales de Monumentos, Sanidad, Beneficencia, Pósitos Agrícolas, Estadística y Lucha Contra el Paludismo.

Por último, se reconocían las comunidades hebreas, que tenían algunas peculiaridades propias.

Las zonas rurales fueron divididas en intervenciones territoriales a cuyo frente pusieron a un militar. El interventor formaba parte de una elite administradora. «Lo esencial para el desempeño de este importante cargo es la posesión del idioma árabe, sin este elemental requisito no se podrá nunca lograr el sano rendimiento que debe esperarse del que ocupa un puesto político-militar», decía el capitán Amigó en 1928.⁷ El interventor era una figura ilustrada que hablaba con el indígena en su idioma y estaba familiarizado con su cultura y costumbres. Vivía en la zona que dirigía y tenía un contacto directo y preciso con el mundo rural. Las intervenciones fiscalizaban a las autoridades marroquíes, sobre todo en su modo de ejercer el poder con los habitantes. Tenían funciones de policía y vigilancia, para lo cual contaban con

fuerzas de la Mezjanía, policía indígena, y la Guardia Civil. Dirigían los servicios de interpretación en su territorio y controlaban los de educación, sanidad, comercio, beneficencia, etc. Y tenían una importante misión de información. Se puede decir que era unos delegados o gobernadores de cada circunscripción, teniendo también un poder moderador o de justicia en asuntos de pequeña cuantía. Por tanto, sus funciones eran muy amplias y de difícil sistematización. La variedad de funciones obligó a los interventores a conocer tal número de disposiciones oficiales que su labor fue sumamente delicada y de muy difícil realización.⁸ Pero fueron el alma de la Administración española en el protectorado marroquí.

El sistema era complejo. Para la aplicación de justicia, por ejemplo, cada grupo racial o religioso tenía sus propios tribunales: los españoles acudían a los tribunales civiles o eran juzgados por los militares si pertenecían a esta clase. Los musulmanes tenían los tribunales del Majzen, que actuaban con total autonomía y en algunas ocasiones podían juzgar a europeos, y los tribunales religiosos o cheránicos. El derecho consuetudinario bereber se respetaba y eran las yamáas o asambleas de tribu las encargadas de enjuiciar los supuestos que estaban bajo su autoridad. Los hebreos tenían juzgados israelitas en Nador, Larache y Tetuán y un Alto Tribunal Rabínico en Tetuán. En el protectorado se respetaba la libertad de cultos. La enseñanza primaria se impartía en árabe para los marroquíes, español para los españoles y español y hebreo para los hebreos. Y existían dos bachilleratos, el español y el marroquí.

La instauración del protectorado no supuso una reacción fuerte contra los españoles en las zonas urbanas, pero agravó las continuas campañas de pacificación en la zona oriental, donde los cabileños se organizaban en torno a líderes tribales que les llevaban a luchar contra los españoles, a los que veían como ocupantes ilegítimos de su patria. La zona occidental no tuvo esa reacción tan violenta: parece que una gran parte de la población en el primer momento acogió el nuevo sis-

tema con alguna esperanza de mejora, pero también surgieron cabecillas como El Raisuni, que, tras vacilaciones, se lanzó contra los españoles buscando un poder que le hiciera fuerte también frente al sultán.

Más guerra: las campañas de 1911-1914

En 1912 el general Alfau pasó a ser el primer alto comisario. La zona española estaba solo parcialmente ocupada. En Melilla, como consecuencia de la guerra de 1909, se tenía dominada una extensión de 300 a 600 kilómetros cuadrados, que comprendía el territorio minero. En la parte occidental solo se habían ocupado Larache, Alcazarquivir y Arcila. Larache se tomó en julio de 1911, con la aquiescencia de la población. Los españoles observaron que el capitán francés Moreaux se había establecido cerca de Alcazarquivir con la excusa de vigilar una mehalla (tropas del Majzen marroquí), y sospecharon que lo que quería era ocupar esa ciudad. Aprovechando la situación de pillaje y falta de autoridad, los españoles desembarcaron el día 8, y dos días después el capitán Ovilo entró en Alcazarquivir para ponerla bajo la protección española. La zona ocupada se puso al mando del teniente coronel Silvestre, que era el jefe de la policía de Casablanca.

Ejercía gran influencia en la zona un personaje feudal de extraña y rica personalidad, excéntrico y cruel en su manera de ejercer el poder, muy próxima al bandidaje. Muley Ahmed el Raisuni tenía una formación jurídica y religiosa amplia. Sus excesos le habían llevado a la cárcel en Mogador durante cuatro años. Volvió lleno de resentimiento contra el sultán, y vio en la colaboración con los españoles la manera de alcanzar más poder en el territorio norte. Se instaló en Zinat y se valió de artificios para secuestrar a los ingleses Harris, Pericardis y McLean y a todos los que se le ponían en el camino y de los que pen-

saba que podía obtener rescate. Cuando se planteó una revuelta contra el sultán, se puso al lado del pretendiente, sublevando las cabilas. Al llegar los españoles su poder tiránico estaba consolidado y podía someter la zona. Por ello Silvestre pensó que con su colaboración el dominio iba a ser fácil. Y lo fue al principio, facilitando El Raisuni la toma de Arcila y quedándose como bajá de la ciudad. Pero Raisuni y Silvestre eran de caracteres fuertes, poco dados a la negociación, imperativos y enérgicos, y el choque entre ellos surgió pronto.

En 1911, Alfau, comandante general de Ceuta, se decidió a ocupar el campo exterior hasta el monte Negrón, siguiendo el camino abierto en 1860. Tanto él como Larrea, que era el comandante general de Melilla, tenían en ese momento un concepto protector de la política colonial y trataban de ganarse la voluntad del indígena mediante obras públicas e inversiones. Alfau aprovechaba la construcción de la carretera Ceuta-Tetuán para desplazar y establecer tropas. Tras la instauración del protectorado en Marruecos, el general Alfau quiso seguir con una política de penetración pacífica que partía de la premisa de conseguir la colaboración de las autoridades o jefes locales. Estos pedían a cambio dinero, poder o las dos cosas. Alfau, que conocía la debilidad de este proceder, intentó que El Raisuni fuera nombrado jalifa (representante del sultán en el protectorado español), pero no lo consiguió, porque otros españoles, conocedores de la voluble e inquietante personalidad del marroquí y de su insaciable voracidad en el cobro de impuestos, lo impidieron. Esto molestó mucho a El Raisuni, que, enfrentado ya a Silvestre, también sufrió el agravio de ver que este apoyaba a su rival Ermiki en la zona de Alcazarquivir y que atendía a los perjudicados por él. En 1912 la carretera ya llegaba a cabo Negro y las tropas de ingenieros que la construían y de infantería que la protegían establecieron un campamento en un aduar llamado Medik y que se convertiría en el pueblo de El Rincón de Medik, que hoy es una ciudad de unos cuarenta mil habitantes.

Antón del Olmet la describía en 1913:

Sin ofender, puede afirmarse que el Rincón no es París. Cuando hay levante, imposible desembarcar. Hoy, con poniente, se puede a medias. Ni una casa. Algunos barracones de cantineros; montones de paja; automóviles que vienen y van, aprovisionando a las tropas; un par de huevos que puso la esposa del gallo de Morón y un café con leche que es solo con cieno. Lo incipiente, lo que se ha de improvisar por fuerza, aparecen en el Rincón de Medik. Pero no seamos avariciosos. Más infecto aun fue Nador y hoy es un aseado pueblecito donde anidaron la paz y el contento. Un coche, y por una carretera española que hicieron nuestros soldados y que aun machacada por la guerra conduce sin demasiado rendimiento ¡hacia la ciudad sagrada, hacia el Tetuán de nuestro sueño y de mi orgullo!⁹

En 1913, Alfau entra pacíficamente en Tetuán y se dispone a convertirla en capital del protectorado. Esto produjo un revuelo en varias cabilas próximas, que El Raisuni aprovechó para encabezar la acción antiespañola en la parte occidental. Rebeldía que duraría varios años y que pasó por diferentes fases, pero que fue muy resistente en la parte que va desde Tetuán a Xauen, Beni Arós y la desembocadura del río Lau. Dejó la ciudad de Arcila y se marchó a los montes existentes entre Larache y Xauen, a un lugar llamado Tazarut, donde poseía un palacio que usó como residencia habitual y cuartel general.

En la zona de Melilla, después de la guerra de 1909, las cosas no estaban del todo pacificadas. Se empezaba a hablar de que el asunto no se arreglaría hasta que los españoles dominaran la bahía de Alhucemas, punto neurálgico de la rebelión rifeña. Los españoles mantenían desde 1910 casi toda la península de Tres Forcas en su poder, pero sin alcanzar el Kert hasta su desembocadura, y se extendían por el este hasta cabo de Agua, frente a las Chafarinas. Tenían el Gurugú, la Mar Chica

y el territorio minero. La oposición había aprovechado el fin de la campaña para atacar con más furia al gobierno de Maura por no haber apoyado lo suficiente al general Marina, que se vio obligado a dimitir.

Los españoles habían aprendido mucho de la campaña de 1909. Conocían mejor al enemigo y cambiaron el modo de combate. Se habían hecho populares algunos manuales franceses de combate en África, que explicaban la operatividad del ejército francés en Argelia. Comprendieron que debían desplazarse con columnas móviles y sorprender al enemigo. Que lo más importante era la estrategia y que debían actuar con más de una columna a la vez. Estos manuales circulaban en francés y eran obra de Yusuf y Frisch, un italiano que creció como cautivo en Túnez y que entró con los franceses en Argelia en 1830, donde alcanzó el rango de general de división.¹⁰ En el concepto de operaciones de policía que tenía el ejército español, era importante dominar el territorio útil.

En mayo de 1911 el general Larrea ocupaba Zaio, junto al río Muluya, que era el límite de la zona española. Dejó allí un destacamento y otro en una zona intermedia con Zeluán. En esta última localidad, el general Orozco había estacionado media brigada. No habían tenido oposición de los lugareños. Más tarde se amplió el área con las ocupaciones de Ras-Medua, Taurit y Harcha. Por último, parte de la columna llevada por Orozco a Zeluán se desplazó hasta Segangan. En esta parte oriental de la zona no encontraron resistencia.

Los españoles querían consumir su control sobre la península de Tres Forcas ampliando su dominio hasta el río Kert, incluso llegar más allá, hasta El Garet. Para ello el general Marina y el coronel Serra Orts habían mantenido conversaciones con los jefes de cabilas y se había llegado a un acuerdo de ocupación pacífica que luego no se cumpliría. Querían, en definitiva, ocupar la zona que les correspondía y establecer su autoridad en ella. El río Kert es un cauce seco la mayor parte del año, poco más que un arroyo, que solo presenta apariencia de río

cuando las lluvias lo llenan de agua. Atravesarlo suponía entrar en las cabilas de Beni Sicar y Beni bu Gafar, lideradas por El Mizzian o Amezian, hombre de gran prestigio religioso y humano que ejercía una notable influencia. Viejo conocido de los españoles por la campaña de 1909, no era un cabecilla tan cruel ni tan despótico como era tradicional. Añadía a su vida guerrera una profunda piedad islámica. Los españoles veían cómo eran continuamente agredidos por los cabileños opuestos a su presencia y que eran apoyados por las cabilas del Rif central, especialmente Beni Urriaguel y Bocoya. En agosto de 1911 unos trabajadores de la Comisión Geográfica que levantaban un plano fueron agredidos y durante la noche se vieron las hogueras en los montes que llamaban a la harca contra España.

Los combates de agosto y principios de septiembre fueron duros, y el general Larrea se empleó con rotundidad contra las cabilas rebeldes. Era capitán general de Melilla desde octubre de 1910 García Aldave, que trató de impedir las agresiones con conversaciones pero que no dudó en atacar a los rebeldes. Los españoles se mantuvieron en la orilla derecha del Kert y los moros no lograron traspasar el río. Las harcas llegadas del Rif central, con numerosa caballería, presentaron una dura batalla a los españoles, que se mantuvieron en sus posiciones gracias a la artillería y a las maniobras de la infantería. Pero el río Kert se quedó como una frontera entre lo que los españoles podían poseer y el territorio rifeño ajeno a su dominio, que permanecía en su tradicional gobierno tribal. Larrea se aproximó al Kert con tres columnas diferentes y a principios de septiembre ya tenían ganada la orilla, pero sufrían constantes ataques marroquíes en las posiciones de Izhafen, los Taurit y, sobre todo, en Imarufen, que era la más desprotegida. Los españoles tuvieron que detener el avance para reforzar y fortificar estas posiciones avanzadas.

A principios de octubre acude a Melilla el ministro de la Guerra general Luque, que parece mostrarse satisfecho por haber llegado al río

Kert y mantener la orilla norte. Pero las aspiraciones van más allá. Se decide una operación de castigo contra las cabilas enemigas atravesándolo de nuevo. Hay que decir que en esta fase ya se había aprendido la táctica francesa de tierra quemada y los españoles incendiaban los bienes, casas y cosechas de los enemigos. El 7 de octubre el coronel Primo de Rivera llegó a Ifratuata e intentó fortificar la posición, pero se retiró el 8 a Imarufen. Se trataba de una maniobra de distracción para permitir a Orozco llegar a Zoco de Zebuya, castigar al enemigo en su terreno y quemar sus bienes. Hasta el 30 de octubre no hubo combates importantes. Los españoles mantenían sus posiciones aunque eran fuertemente hostigados. En una de las acciones murió el general Ordóñez y fue enviado a suplirle el general Aguilera, un militar prestigioso veterano de Cuba, la guerra carlista y la campaña de 1893.

Los combates habían servido a los Beni Urriaguel para fortalecer sus posiciones costeras, pues se temían una acción española en retaguardia, desembarcando en Alhucemas. En diciembre la situación seguía sin pacificarse. La harca de El Mizzian decide atacar definitivamente la noche del 21 de diciembre. Estada estacionada en Bu Ermana, a unos 10 kilómetros del Kert. Y, dada la orden, atravesaron el río y atacaron las posiciones españolas intentando tomar las más importantes del perímetro. Era una ofensiva a gran escala. Ocuparon las lomas de Taurit-Buxí e intentaron tomar Tauriat-Zag el 23, y solo lo impidió la llegada de las columnas de refuerzo de los coroneles Ros y Serra. Más tarde se les uniría una tercera columna mandada por Aizpuru. El día 25 los españoles contraatacaron para retomar Taurit-Buxí.

Aguilera se da cuenta de que la campaña solo se terminará cuando *consigan echar a la harca al otro lado del río Kert*, sin que tenga posibilidad de cruzarlo nunca más, y que este quede como frontera provisional entre el territorio español y el campo rebelde. El día 26 decide organizar una amplia operación que batiera un extenso territorio, desde Iazanen hasta Punta Negrí, y para ello organiza cinco columnas al

mando de los generales Carrasco y Ros, los coroneles Serra y Aizpuru y el teniente coronel Regoyos. El objetivo era la loma de Izarrora. El enemigo era más numeroso de lo que se calculó. El 27, las columnas vivaquearon a la vista del objetivo, que fue tomado ese día obligando a los marroquíes a atravesar de nuevo el Kert. Los españoles marchaban en condiciones penosas, sin descanso, constantemente hostigados por el fuego de la harca y sufriendo un número de bajas que, en algunas compañías, llegaba a la mitad.

Había llegado el año 1912 y la harca de El Mizzian se había reducido, por lo que los españoles decidieron ampliar más la zona por el sur con la toma de Monte Arruit y dominar los llanos de El Garet. La operación se presentaba como la más importante de las realizadas hasta entonces. No solo por ser el punto más alejado de Melilla hasta el que se llegaba, sino también por la importancia de dominar, desde esa elevación, todo el llano de El Garet. La operación la mandaba el nuevo comandante general García Aldave. El primer objetivo, que era la conquista del lugar, se consiguió a finales de enero de 1912. El segundo, que era atraer al enemigo para destruirlo, no pudo conseguirse porque la harca estaba fatigada por un excesivo castigo. Una vez conquistada la posición, el general Larrea quedó en el lugar con el objetivo de practicar una política de atracción pacífica de los jefes de las cabilas. Los marroquíes, vencidos, no volvieron al combate, aunque se prodigaron en actos de pillaje, robos, asaltos, secuestros y asesinatos de colonos y de moros proclives a España. Aunque la harca trató de organizarse otra vez al amparo del monte Mauro, fue definitivamente derrotada por los españoles y se disolvió a fines de marzo de aquel año.

Los combates siguieron hasta abril de 1912, pero con menor intensidad. En 1911 se habían formado los Grupos de Fuerzas Indígenas Regulares, conocidas popularmente como los *regulares*, primer intento español de encuadrar indígenas con mandos españoles en unidades profesionales, que mandaba el coronel Berenguer. El 15 de mayo los

regulares de Berenguer se enfrentaron en un duro combate con la harca enemiga que dejó sobre el campo de batalla el cadáver de El Miz-zian. Esto precipitó el final de la guerra. El cadáver de El Mizzian fue llevado a Melilla y entregado después, con todo respeto, a sus familiares en Segangan, con una compañía de infantería rindiendo honores. Rosa María de Madariaga explica el hecho de que fuera llevado previamente a la plaza: «Si los españoles se llevaron el cadáver de Amezián a Melilla era porque tenían particular interés en que todos en la ciudad, cristianos y musulmanes, viesen que el muerto era efectivamente él. Con ello destruían la leyenda de su inmortalidad entre los rifeños y desmoralizaban a la resistencia, que se veía privada de su carismático jefe». ¹¹ Fue un hombre que luchó por el ideal de la independencia de su tierra, con nobleza y en frente abierto, y, si no hubiera muerto, quizás hubiera sido posible atraerlo a la causa española por medio de un reconocimiento de su autoridad y autonomía. Un combatiente al que Abd el Krim admiró más que a ninguno otro.

Pero la guerra en el Rif se desarrollaba de otra manera. Los militares españoles se formaban en las academias para guerras contra ejércitos. «Precisamente por ser una guerra irregular se está siempre expuesto a grandes sorpresas favorables o adversas, por la misma irregularidad que usa el enemigo; guerra en la que casi todos los datos del problema son desconocidos, al que manda y a los Estados Mayores, y por lo tanto, la resolución es más difícil que en la guerra regular, donde todo se sabe, generalmente, todo se presume, se forma un plan, se madura y se desarrolla con entera regularidad y exactitud. En África, no; en la guerra africana se va siempre a lo desconocido». ¹² En todo caso, los españoles tenían que desplazar grandes cantidades de tropas para poder vencer la resistencia rifeña. Mantener un ejército tan numeroso, que además sufría un gran número de bajas, era caro e impopular. Los españoles sufrían una auténtica pesadilla cada vez que las cabilas se levantaban en armas y tenían que sofocar la revuelta. Era muy

costoso conquistar territorio económicamente inútil. Cada vez se alzaban más voces contra la presencia española en Marruecos que, a la vista de muchos, solo llevaba sangre y dolor.

Mientras duró la guerra, las cabilas del Rif central (Beni Urriaguel, Bocoia y Tensaman) apoyaron decididamente a El Mizzian y hostilizaron la isla española de Alhucemas y las propiedades de los moros amigos de España, entre ellas la casa del padre de Abd el Krim. Los españoles respondían con las baterías de la isla y con los cañones de los buques de la armada desplazados a la bahía.

Los años siguientes fueron de relativa calma por la complacencia en mantener las posiciones y el empeño en la penetración pacífica, que era cara. Pacífica pero que no era propiamente penetración, pues los españoles seguían constreñidos en las líneas ganadas en la guerra. Durante la Primera Guerra Mundial, Francia pidió a España que redujera sus operaciones, y así lo hizo. No obstante, en 1916 se situaron otras posiciones permanentes en la otra orilla del Kert, en la cabila de Metalza, y se hicieron incursiones por el sur hasta el río Muluya.

Penetración pacífica, penetración militar. Los planes para el protectorado

La situación en la zona occidental del protectorado se presentaba un poco más pacífica. Larache, Arcila y Alcazarquivir estaban ocupadas casi sin oposición y Silvestre negociaba amistosamente con el cherif El Raisuni, bajá de Arcila, hasta que ambos caracteres chocaron irremediablemente. En defensa de Fernández Silvestre hay que decir que la función protectora de la autoridad española no permitía los abusos, atrocidades, rapacidad y desmanes que El Raisuni empleaba para someter y mandar a las cabilas de la zona. Prisiones espeluznantes, mutilaciones o muerte eran las penas impuestas arbitrariamente en su jus-

cia local por pequeños delitos o simplemente por faltar a su todopoderosa autoridad con gestos o símbolos. Pero Silvestre no había calculado bien el poder del que disponía el caudillo marroquí, por lo que el enfrentamiento no acabó en sometimiento de uno al otro, sino en una intranquilidad constante en la zona, que no permitía los viajes por tierra porque El Raisuni y sus hombres practicaban el secuestro para cobrar rescate como en los mejores tiempos de la piratería, que, por otra parte, siempre había sido un buen negocio en el país practicado por autoridades, corsarios o bandidos.

El cherif había comprendido que Silvestre actuaba por su cuenta, sin tener coordinación con la Legación Española en Tánger ni con la Alta Comisaría, lo que le proporcionaba aún más margen de actuación. Silvestre cometía una imprudencia tras otra. En 1913 decide aliarse con el tradicional enemigo de El Raisuni, llamado Ermiki, lo que provoca el enfado del primero. Después de esto, Silvestre se ponía de parte de cualquiera que estuviera en contra de Raisuni, tratando de menoscabar su autoridad en Arcila. A finales de año, viendo la imposibilidad del acuerdo con Silvestre, Raisuni abandonó la zona y se refugió en Tazarut, en las montañas, convertido ya en enemigo de España y señor del lugar. Raisuni garantizó la presencia pacífica de los españoles allí, pero no les dejaba ejercer toda la autoridad. Su rebeldía suponía la lucha abierta con las cabilas que mandaba el cherif. Situado en las montañas de Zinat, en Tazarut, en Beni Arós, el cabecilla se sentía seguro. Los españoles eran más poderosos en el llano; tenían artillería y dominaban el combate en campo abierto.

Alfau, alto comisario en el protectorado, continuaba con su deseo de comunicar Ceuta con Tetuán mediante carretera y telégrafo. La ocupación de Tetuán había generado una fuerte oposición entre las cabilas, llegando incluso a formar una harca en Ben Karrich, que no llegó a atacar la ciudad pero que obligó a desalojar el fondak de Ain Yedida, punto clave en el paso de las montañas del camino de Tetuán a

Tánger, aunque poco después se tomara Laucien en las proximidades. Los españoles estaban obligados a respetar al máximo las costumbres, religión, forma de vida y orden social musulmán para atraerse pacíficamente a la población y evitar la guerra. El impetuoso Silvestre continuaba ganándose la enemistad de la población y el 7 de julio de 1913 la harca atacó Alcazarquivir, que pudo salvarse gracias a la carga de los escuadrones de caballería que mandaba Queipo de Llano. Mientras, en Yebala, los naturales cortaban la carretera de Ceuta a Tetuán y causaban perjuicios a los viajeros.

En agosto de 1913 el general Marina sustituyó a Alfau como alto comisario. Lo primero que hizo fue asegurar el camino con una serie de puestos militares entre Ceuta, Medik, Río Martín y Tetuán. Mientras Silvestre ensanchaba el perímetro ocupado de Larache con acciones en Seguelda, Cuesta Colorada y Bufas, Marina trató de contactar con Raisuni en mayo de 1915 para llegar a acuerdos, pero no lo consiguió: los cadáveres de sus emisarios aparecieron en las cercanías de Larache. Sospechó de Silvestre, contrario a esta aproximación y partidario de asestar un golpe militar contra el cabecilla. Marina sabía que tenía 40.000 hombres entre Ceuta y Tetuán, pero eran pocos para conquistar las montañas y llegar a Xauen. No podría conseguirlo sin el concurso de Raisuni. «La carretera de Ceuta a Tetuán estaba tomada por varios millares de soldados, diez o doce mil hombres en penoso servicio de vigilancia, en un camino de 48 kilómetros. Y a pesar de tal lujo de fuerzas solo se garantizaba la seguridad desde las ocho de la mañana a las cinco de la tarde; por la noche la carretera era de los rebeldes, y las tropas recogidas en sus campamentos, fortines y blocaos eran tropas sitiadas. ¡Cuántos centinelas cayeron víctimas de los pacos!». ¹³

Poco después Marina dimitió y fue sustituido por Gómez Jordana, comandante general de Melilla hasta entonces. Jordana, ante las dificultades que presentaba la ocupación total del territorio y su sumisión

a España, optó por la negociación. A finales de ese año llegó a un acuerdo con El Raisuni, dejándole gobernar en nombre del sultán las cabilas que sometiera. Y se hicieron operaciones conjuntas para tomar el fondak de Ain Yedida, que garantizaba la comunicación de Tetuán con Larache, y aislaba al norte a las cabilas de Anyera y Uad Ras, situadas en territorio montañoso y de difícil acceso por la falta de caminos. También colaboró en la instalación de puestos militares y en las operaciones contra cabilas rebeldes. Pero Raisuni siguió con su política de abusos y de humillación a los representantes de España, lo que provocó su ruptura con Jordana. Porque pensaba que su colaboración con España le quitaba poder y prestigio entre las cabilas, con el riesgo de que surgiera un nuevo líder que lo sustituyera. Y, como señala Tessiner, porque sabía que el territorio pacificado se integraría normalmente en el protectorado español como estaba pactado y a él no le quedaría nada. Quiso excluir del protectorado los montes de Yebala, para que siguieran bajo su autoridad, pero los españoles no estaban dispuestos a ceder territorio a un líder local.

Había otros motivos, como el contacto que mantenía con alemanes, que preocupaba a franceses y británicos, que hacía pensar que el cherif trataba de ganarse el favor alemán ante una hipotética derrota aliada en la guerra. A partir de 1916 la ruptura empezaba a ser evidente, y en octubre de ese año Raisuni cortó de nuevo el paso por el fondak de Ain Yedida.¹⁴ Silvestre había cesado en su puesto a finales de 1915 y algunos elementos civiles españoles, en especial el cónsul Zugasti, aún mantenían en 1917 contactos con Raisuni, buscando una solución pacífica. Pero para los militares estaba claro que solo el enfrentamiento armado acabaría con el poder del cherif y lograría pacificación de la zona. En julio de 1918 las relaciones entre Raisuni y las autoridades españolas casi no existían, pero aún se mantuvo una reunión en la que los españoles negaron las armas que pedía el marroquí. El alto comisario pidió instrucciones al gobierno para saber qué con-

ducta mantener, pero no obtuvo respuesta. La caída de Maura llevó a Romanones a la cartera de Estado en el nuevo gobierno liberal, y posteriormente a la Presidencia del mismo. Pero Gómez Jordana falleció el 18 de noviembre de 1918, siendo sustituido por el general Dámaso Berenguer, partidario de la ruptura con El Raisuni. Las contemplaciones acabaron cuando Berenguer ordenó, tras su visita a Madrid en marzo de 1919, que comenzaran las hostilidades para lograr la total ocupación militar del protectorado español.

La presencia española en la parte occidental, y fundamentalmente en su capital Tetuán, fue provocando la aparición de una emigración de funcionarios y militares con sus familias que necesitaba de comerciantes, constructores, transportistas, etc., y que cimentó la colonización española en Marruecos. Algunas pequeñas industrias y las explotaciones agropecuarias acompañaron la iniciación de esta aventura demográfica. La zona oriental se desarrolló en torno a la minería que se volcaba en el puerto de Melilla. La aprobación del Reglamento Minero en enero de 1914 aclaró muchas dudas sobre el régimen de concesiones y garantizó la seguridad jurídica en las actuaciones. Las administraciones española y francesa garantizaban a las empresas sus inversiones en Marruecos, y esto fomentó las denuncias de minas. Además, se creó una Comisión Arbitral de Litigios para solventar conflictos entre los concesionarios y denunciadores y las administraciones, y para adjudicar provisionalmente las explotaciones. Había una creencia antigua, que luego se demostró falsa, de la riqueza minera que albergaba el Rif central y que atrajo a aventureros de toda especie, buscadores de oro y empresarios que esperaban encontrar la veta mágica. Esta fiebre por el negocio presionaba al gobierno español para que ocupara la zona y procediera al reparto minero.

Al mismo tiempo comenzó la colonización agrícola. Hay que señalar que tanto la explotación minera como la agrícola y ganadera produjo entre los marroquíes una fuerte sensación de usurpación de

sus tierras y de invasión de extranjeros que relegaban a los naturales del país, y que este sentimiento en parte respondía a la realidad de los hechos y explotaría cuando llegara el momento oportuno, como sucedió en 1921. Los españoles soñaban una explotación agropecuaria del territorio a la manera argelina. Pero no contaban con que las tierras eran pobres y carecían de agua bastante. Hacia 1915 se constituyó la Compañía Española de Colonización, que trataba de poner en explotación las llanos de El Garet, cerca de Monte Arruit, para atraer a colonos españoles de la península y del Oranesado y dejando pequeñas porciones a colonos marroquíes. La compañía se limitaba a comprar terreno, y en la compra estuvieron el fraude y el engaño, y en vender lotes de diversos tamaños que se pagaban al contado o a plazos. Solo una pequeña extensión contaba con regadíos. A esta acción hay que sumar el asentamiento de otros españoles en las vegas del Muluya y el Kert, más los que colonizaron las orillas del Lucus en la parte occidental del protectorado, donde actuaba la Compañía Agrícola del Lucus. La presencia de colonos llevaba consigo la construcción de ferrocarriles, carreteras, telégrafos y todas las demás obras de fomento que se necesitaban. El proyecto presentaba avances notables y un aumento de la población española, pero la guerra de 1921 truncó la experiencia hasta que se recuperó en 1927.